

FUENTES

Rufino de Aquileya: *Historia de los monjes en Egipto*¹ *Historia Monachorum in Aegypto* Capítulos I - III

I. Sobre *abba* Juan

Juan, fundamento de la obra

1,1. Así pues, en verdad como primer fundamento de nuestra obra, para ejemplificar todas las bondades tomemos a Juan, el cual por sí solo realmente alcanza con creces para elevar las almas religiosas y devotas de Dios a la cumbre de las virtudes y para impulsarlas hacia la cima de la perfección.

¹ Continuación del texto publicado en *Cuadernos Monásticos* n. 232 (2025), pp. 95-111.

La habitación de Juan

1,2. En efecto, lo vimos en las regiones de la Tebaida en el desierto que está cerca de la ciudad de Licópolis², y habitaba en cierta roca de un monte escarpado. El ascenso hasta él era difícil, la entrada a su monasterio estaba obstruida y cerrada, de modo que desde los cuarenta hasta los noventa años de vida que tenía entonces, cuando lo vimos, nadie entró a su monasterio.

1. En la región de Licópolis, en la Tebaida, conocí al gran y bienaventurado Juan, hombre verdaderamente santo y virtuoso.

1,3. Se ofrecía a la vista de los que llegaban por una ventana y, desde allí, les daba la palabra de Dios para [su] edificación o respuestas de consolación si las había.

5. Tampoco hombre alguno se acercó jamás a él, pues solo bendecía a través de una ventana y saludaba a los que se acercaban, hablando a cada uno sobre sus problemas particulares.

1,4. Sin embargo, ninguna mujer llegó hasta allí ni siquiera para ser vista, sino que incluso los hombres [llegaban] con poca frecuencia y en determinadas épocas.

4. Juan, quien llevaba 40 años en la cueva –y contaba con casi 90 años– sin haber visto una mujer, ni tampoco haber salido nunca y ni haber permitido que ninguna mujer lo viera

1,5. Por cierto, permitió que afuera se construyera una celda hospitalaria para que descansaran un poco quienes llegaban de regiones lejanas; él mismo, adentro, ocupándose solo en el único Dios, ni de día ni de noche

² Licópolis es la actual Assiut, en el sur de Egipto. El nombre antiguo significa “ciudad de los lobos”.

se detenía en las conversaciones de Dios y en la oración, persiguiendo con toda pureza de alma lo que es divino y está sobre toda alma³. En efecto, cuanto más se apartaba de las preocupaciones y las conversaciones humanas, tanto más cercano y próximo a él estaba Dios.

La gracia de la profecía en Juan

1,6. Al final había avanzado tanto en la pureza de alma que no solo conseguía del Señor la ciencia de aquellos hechos que sucedían, sino que también merecía el conocimiento anticipado de aquellos hechos que habrían de suceder. Pues el Señor le concedió la gracia evidente de la profecía, de modo tal que predecía el futuro no solamente a sus conciudadanos y comprovincianos, si por casualidad se lo consultaban, sino también para el emperador Teodosio predecía frecuentemente qué desenlaces de guerra tendría o de qué modo obtendría la victoria sobre los tiranos, y también qué invasiones de pueblos bárbaros sufriría.

1. A raíz de sus obras, se hizo notorio para todos que [Juan] tenía el don de la profecía. En efecto, denunció a Teodosio, el soberano más piadoso, todo lo que en el mundo estaba sucediendo por voluntad divina y, además, le mostró lo que iba a suceder: tanto la rebelión de los tiranos contra él y su rápida destrucción⁷⁰, como la aniquilación de los pueblos que se sublevaron contra él.

1,7. Y en cierto tiempo, cuando el pueblo etíope hacía incursiones en el límite romano cerca de Siena, que es la primera ciudad de Tebaida desde las regiones etíopes⁴, y había causado muchos estragos entre los

³ Cf. Flp 4,7.

⁴ Podría tratarse de pueblos cercanos a la región de Etiopía, no necesariamente etíopes, que atacaban la frontera del Imperio Romano en Egipto durante el siglo III. Según

nuestros y se había llevado un botín, al general romano que fue hasta él y temía enfrentarse con aquellos porque tenía un escaso número de soldados y la multitud del enemigo era incalculable, le dijo, señalando una fecha determinada:

1,8. “Marcha seguro, pues, en la fecha que dije echarás por tierra al enemigo, tomarás despojos y traerás el botín”. Y una vez que esto se cumplió, predijo también que habría de ser estimado y recibido en [el palacio] del Augusto.

2. Esto mismo ocurrió cuando se dirigió a él también un gobernador militar para preguntarle si vencería a los etíopes de Siena –provincia de la Tebaida–, quienes estaban entonces invadiendo y devastando una región vecina. Juan le contestó diciendo: “Si subes, los conquistarás, subyugarás y someterás, y se te celebrará entre los soberanos”. Así aconteció. También le dijo: “El soberano cristianísimo Teodosio morirá de muerte natural”.

1,9. Pero esta gracia de profecía era considerada por él de modo tal que la atribuía más al mérito de quienes consultaban que a los suyos propios. En efecto, decía que estas cosas eran preanunciadas por el Señor no por causa de él sino por la de aquellos que escuchaban.

3. Tenía Juan, en cierto modo, el colmo de la profecía, según hemos oído además de los padres que vivían con él, cuyas notables vidas se han divulgado entre todos los de allí y que no contaban nada sobre este hombre para agrandarlo, sino para empequeñecerlo.

Romero González y Muñoz Galarte, traductores de la versión griega, serían los blemios, pueblo nómada al que Plinio atribuyó características fantásticas. La ciudad de Siena es la actual Asuán.

Aparición de Juan en sueños

1,10. El Señor también mostró a través de él otro [hecho] admirable. Un tribuno que marchaba para conducir el ejército fue hasta él y comenzó a rogarle que permitiera que su esposa también fuera hasta él, pues decía que ella había arrostrado muchos peligros solo por ver su rostro.

1,11. Entonces él dijo que nunca tuvo la costumbre de ver mujeres y menos aún desde que se encerró en la ermita de aquella roca <...> el tribuno insistía en sus ruegos y confirmaba que, si [ella] no lo veía, sin dudas perecería de una gran tristeza.

4. Un tribuno se dirigió a él y le suplicó que permitiera también que su esposa lo visitase. Ella iba a subir a Siena, puesto que deseaba conocerlo para que así, primero, pidiese por ella y, después de bendecirla, le dijera adiós. Juan, quien llevaba 40 años en la cueva –y contaba con casi 90 años– sin haber visto una mujer, ni tampoco haber salido nunca y ni haber permitido que ninguna mujer lo viera, rechazó conocer a su esposa.

1,12. Y, como suplicara una y otra vez lo mismo y confirmara que él sería causa del fallecimiento de su esposa y que ella recibiría la muerte de donde había esperado la salud, [Juan], considerando tanto la fe como la insistencia de este, dijo: “Señor, vaya, su esposa me verá esta noche, pero no vendrá aquí, sino que se quedará en su casa y en su lecho”.

6-7. Así que, aunque el tribuno persistía en su ruego para que el padre le concediera la visita de su mujer –el eremita vivía en un desierto escarpado, estando de la ciudad como a 8 km–, Juan no lo consintió, sino que, diciendo que esto era imposible, despidió al tribuno abatido. La esposa no desistió, sino que molestaba diariamente y juraba que no se iría a ningún sitio, si no conocía al profeta. El marido transmitió al bienaventurado Juan el juramento de su mujer. Así, tras considerar su fe, el padre dijo al tribuno:

“Esta noche ella me verá en sueños, pero que no insista más en ver mi rostro en persona”.

1,13. Tras estas palabras, el hombre se marchó meditando en su pecho la ambigüedad de la respuesta, y tras anunciarle esto también a su esposa, la mujer también se inquietó de modo semejante por la incertidumbre de las palabras.

1,14. Pero cuando llegó la hora del sueño, se apareció el hombre de Dios por medio de una visión y, parándose junto a la mujer, dijo: *“Tu fe es grande, oh mujer⁵, y por eso vine a satisfacer tu deseo. Sin embargo, te advierto que no desees el rostro corporal de los siervos de Dios, sino que contemples las proezas y los actos por medio del espíritu⁶. En efecto, el espíritu es el que da vida, pues la carne no es de ningún provecho⁷.*

1,15. “Y yo intercedí ante el Señor por ustedes no al modo de un justo o un profeta⁸, como tú crees, sino en favor de la fe de ustedes, y Él te concedió la sanación de todas las enfermedades que sufres en tu cuerpo. *Así, a partir de ahora tú y tu marido serán sanos⁹ y la casa de ambos será bendecida.*

1,16. “Pero ustedes también acuérdense del beneficio que Dios les ha otorgado y teman siempre al Señor, y no busquen nada más que lo que

⁵ Mt 15,28.

⁶ Cf. Col 2,1.

⁷ Jn 6,64.

⁸ Cf Mt 10,41.

⁹ Hch 11,14.

es debido a sus servicios¹⁰. Entonces bástete esto, que me estás viendo en sueños, y no busques más”¹¹.

7-8. El marido comunicó a su mujer las palabras del padre y, en efecto, la mujer vio en sueños que el profeta se acercaba a ella y le decía: “¿*Qué hay entre tú y yo, mujer?*” (cf. Jn 2,4). ¿Por qué deseaste ver mi aspecto? ¿Acaso soy yo profeta o tengo rango de justo? Hombre pecador soy y sujeto a pasiones semejantes a las de ustedes (cf. Hch 14,14; St 5,17). Sin embargo, he pedido por ti y por los familiares de tu marido para que les sea concedido conforme a la fe de ustedes (cf. Mt 9,29). Ahora vayan en paz”. Y diciendo esto, Juan desapareció.

1,17. Y la mujer, al despertar, le contó a su esposo lo que había visto y oído, y describió la vestimenta y el rostro del hombre, y además todas sus señas. El esposo, admirado de esto, regresó hasta el hombre de Dios y le dio las gracias, y después de recibir de él la bendición se marchó en paz.

9. La mujer, tras despertarse, reveló a su marido las palabras del profeta, le describió su aspecto y le hizo enviar palabras de agradecimiento. Cuando de nuevo el bienaventurado Juan recibió al tribuno, se adelantó a decirle: “He aquí que he cumplido tu petición. Pues tras haberla visitado, ya no querrá verme, sino ir en paz”.

Suceso con una mujer embarazada

1,18. También en otra ocasión fue hasta él un jefe militar cuya esposa embarazada, dejada por él en aquel mismo día que había ido hasta Juan, corría peligro al dar a luz.

¹⁰ Cf. Lc 3,14; cf. Si 3,22; Qo 7,1.

¹¹ Cf. Si 3,21-23.

1,19. Entonces el santo hombre de Dios dijo: “*Si conocieras el don de Dios y que hoy te ha nacido un hijo*¹², darías las gracias al Señor. Pero sabe que la madre del niño ha corrido peligro; sin embargo, [la] asistirá el Señor y la encontrarás sana. Apúrate, pues, vuelve y encontrarás a un niño de siete días y lo llamarás con el nombre de Juan¹³”.

1,20. “Críese éste en tu casa sin ningún influjo pagano por siete años. Una vez cumplidos éstos, entrégalo a los monjes para que sea instruido en las disciplinas santas y celestiales”.

10. La mujer de otro oficial, mientras éste se hallaba ausente, estaba embarazada. Como aquélla dio a luz el día en que su marido se encontró con el padre Juan, después de desmayarse, corría peligro de morir. El santo le dio la noticia [al oficial], diciéndole: “*Si conocieras el don de Dios* (Jn 4,10), esto es, que hoy te ha nacido un hijo, alabarías a Dios. Pero su madre ha estado a punto de morir. Así pues, cuando llegues, encontrarás al niño con siete días y le pondrás por nombre Juan. Y una vez que lo eduques en el conocimiento de Dios, en cuanto cumpla siete años, mándale que venga junto a los monjes al desierto”,

Otras gracias concedidas a Juan

1,21. Además, a muchos que iban hasta él, ya de la provincia ya extranjeros, cuando la situación lo pedía, les señalaba lo oculto de sus corazones y, si por casualidad habían cometido algún pecado ocultamente, se lo mostraba corrigiéndolos en lo más secreto y los estimulaba a la enmienda y a la penitencia.

¹² Jn 4,10; Is 9,6

¹³ Lc 1,13

1,22. También predecía si habría abundancia o escasez de aguas en el río Nilo. Pero si por casualidad, a causa de una ofensa de los hombres, se acercaba algún castigo y corrección de Dios, lo advertía de modo semejante y señalaba cuál era la causa por la cual se introduciría el castigo.

11. Mostraba estos prodigios a los que llegaban de fuera, y en favor de los que vivían en aquel lugar, que continuamente iban a él por necesidades, hacía uso de la adivinación: iba previendo a cada uno su futuro, los sucesos ocultos y les predecía sobre el Nilo y su fertilidad. Del mismo modo, vaticinaba si alguna amenaza les llegaba de parte de Dios y censuraba a los culpables.

1,23. También llevaba sanaciones y curas del cuerpo a quienes lo rogaban, de tal modo que huía toda jactancia de esto. En efecto, no permitía que se le llevaran enfermos, sino que bendecía y daba un óleo con el cual eran untados y se ponían sanos, sea cual fuere la enfermedad por la que estaban afectados.

1,24. En una ocasión, la esposa de un senador había quedado ciega. Ella suplicaba a su marido que la llevara hasta el hombre de Dios. Y cuando su marido le respondió que aquel no tenía costumbre de ver mujeres, le pidió que solo le señalara la causa de su discapacidad y le rogara que hiciera una oración por ella.

1,25. Y cuando su marido cumplió el encargo ante él, [éste] oró y bendijo el óleo, y se lo envió. Y tocando con él los ojos por tres días recuperó la visión y dio gracias a Dios.

12. El mismo bienaventurado Juan no realizaba curaciones en público, sino que sanaba a muchos enfermos dándoles aceite. La mujer de un senador que había perdido la vista por tener glaucoma en las pupilas, pidió a su marido que la llevara ante Juan. Aunque él le explicó que Juan nunca se

había encontrado con una mujer, ella sólo le rogaba que le hablase sobre ella y que el santo hiciera una súplica en su favor. Juan hizo así y además le envió aceite. Una vez que se hubo untado los ojos sólo tres veces, al tercer día recobró la vista y dio gracias a Dios públicamente.

1,26. Pero son muchas sus proezas y relatarlas es bastante largo. Así que, entretanto, omitidas las cosas que conocimos por el oído, vayamos a las que vimos con nuestros propios ojos.

13. ¿Qué necesidad hay de hablar sobre sus otras obras, excepto sobre aquéllas que constatamos con nuestros propios ojos?

Encuentro de los peregrinos con Juan

2,1. Éramos siete los que íbamos juntos en comitiva y llegamos hasta él. Y, una vez que lo saludamos y nos recibió con toda alegría, se dirigió a cada uno de nosotros agradecidamente pidiéndonos que le demos la oración y la bendición. En efecto, es costumbre en Egipto que, cuando llegan hermanos, enseguida se unan entre sí por medio de la oración.

13. Éramos siete hermanos, extranjeros todos, los que fuimos a él. En cuanto nos saludó, sonriendo a cada uno con el rostro alegre, le pedimos directamente que primero hiciera una súplica por nosotros –pues los padres en Egipto tienen esta costumbre–.

2,2. Preguntaba si alguno entre nosotros era clérigo. Y, cuando todos lo negamos, al observar a cada uno se dio cuenta de que entre nosotros había uno que era de este orden, pero deseaba permanecer oculto. En efecto, había un diácono, y esto lo ignoraban incluso los compañeros de viaje excepto uno solo que le era leal.

2,3. En efecto, con el fin de visitar a hombres de tal clase y grandeza quiso ocultar por humildad el honor de su grado para ser tenido por inferior en orden a ellos, a quienes se juzgaba muy inferior en méritos.

2,4. Entonces, cuando el santo Juan lo vio, y ciertamente como fuera más joven que los demás, mostrándolo con el dedo, dijo: “Éste es diácono”. Y, como aún intentara negarlo, lo tomó con su propia mano, lo besó y dijo: “*Hijo, no niegues la gracia de Dios*¹⁴, no incurras en un mal por bien, en una mentira por modestia”.

14. Él, después, nos preguntó si no había algún clérigo entre nosotros. Aunque todos le dijimos que no, tras escudriñar atentamente a todos, reconoció que había uno que se mantenía oculto. En efecto, había uno de entre nosotros digno de la diaconía y otro hermano era su cómplice en esto, al que ordenó además que no se lo comentara a nadie, por humildad y porque se consideraba a sí mismo poco digno de contarse entre tales santos, de llevar el nombre de cristiano y, menos aún, de [tener] este honor. No obstante, Juan le señaló con el dedo y nos replicó: “Éste es el diácono”.

15. Aunque aquél lo negaba una y otra vez e intentaba ocultarse, el santo, cogiéndole de la mano a través de la pequeña ventana, se la besó y, amonestándole, le pidió: “No niegues el regalo de Dios, hijo, ni mientas al negar [que tienes] el don de Cristo.

2,5. “Pues debe tenerse cuidado de la mentira por todos los medios, sea por un mal, sea incluso que parezca servir a un bien, porque toda mentira

¹⁴ 1 Tm 4,14.

no es de Dios sino, como dice el Salvador, del maligno”¹⁵. Y él, oído esto, se calmó y soportó con ecuanimidad la suave corrección de aquel.

15. Pues la mentira es ajena a nosotros, ya sea en un asunto pequeño o en uno grande. Aún cuando sea por algo útil, jamás es loable, pues el Salvador dice que la mentira *es cosa del Malo* (cf. Mt 5,37; Jn 8,44)”. El diácono, puesto en evidencia, se quedó en silencio, aceptando mansamente el reproche de Juan.

2,6. Y una vez que ofrecimos una oración al Señor, después del final, uno de nuestros hermanos era aquejado gravísimamente por un tipo de fiebre terciana y rogaba al hombre de Dios ser curado por él.

2,7. Mas él le dijo: “Deseas alejar de ti una cosa necesaria, pues del mismo modo que los cuerpos se lavan de las suciedades con nitro o con otros jabones similares, así se purifican las almas de las flaquezas y de otros castigos similares”.

2,8. Y después de que nos explicara muchas cosas acerca de esto por medio de una doctrina mística, finalmente bendijo el óleo y se lo dio; untado con él el enfermo, enseguida vomitó el exceso de hiel y, totalmente sanado, volvió con sus propios pies a la celda hospitalaria.

16. Al tercer día, después de la oración y la súplica, uno de nuestros hermanos le pidió a Juan que le curara, pues se encontraba padeciendo fiebre. Aunque el padre le dijo que hasta ese momento sufría la enfermedad a consecuencia de su poca fe, sin embargo, le dio aceite y le ordenó que se ungiera. De este modo, una vez que él se ungió, todo lo que tenía en su interior lo expulsó por la boca, quedando curado de la fiebre. Finalmente, se fue a la habitación de invitados por su propio pie.

¹⁵ Cf. 1 Jn 2,21; Mt 5,37.

El cuidado del cuerpo

2,9. Después de esto ordenó que cumpliéramos los servicios de humanidad y hospitalidad para con nosotros y cuidáramos el cuerpo, pero él mismo, olvidándose del suyo, estaba preocupado por el nuestro¹⁶.

2,10. En efecto, por la práctica continua y la costumbre constante no podía tomar alimento, y este escaso, excepto en la tarde. Y era de cuerpo adelgazado y enjuto por la abstinencia, sus cabellos y barba rala y fina como por la excesiva flacura, como que ningún alimento suficiente la nutría ni ningún líquido agradable la regaba. En efecto, todavía entonces, cuando ya tenía la edad de noventa años, como dijimos, estaba atento a no tomar ningún alimento preparado con fuego.

17. Era posible ver a Juan, que contaba ya con noventa años, con todo su cuerpo consumido, puesto que ni siquiera le crecía la barba en la cara por la ascesis. No comía otra cosa que frutas y esto [lo hacía] ya anciano, al anochecer. Gracias a que había practicado mucho la ascesis durante su juventud, jamás comió pan ni cuanto se cocina a fuego.

Conversación de los peregrinos con Juan

2,11. Así pues, vueltos a él después de los servicios de hospitalidad, ordenó que nos sentásemos, y entonces finalmente preguntó de dónde o por qué habíamos llegado. Como ya nos hubiera recibido alegre y con todo gozo como a hijos propios y como respondiéramos que habíamos venido desde Jerusalén hasta él para utilidad y provecho de nuestras almas, para ver ahora con los propios ojos lo que antes la

¹⁶ Cf. Flp 2,4; 1 Co 13,5.

fama había llevado a nuestro oído, porque ciertamente las cosas que el ojo ha visto suelen fijarse más firmemente a la memoria que las que el oído oyó,¹⁷

2,12. entonces el bienaventurado Juan, con rostro placidísimo y como sonriendo por la abundancia de alegría, nos respondió de este modo: “Me admiro mucho, dulcísimos muchachos, de que hayan emprendido el esfuerzo de un viaje tan largo, pues nada digno de esto podéis ver en nosotros. En efecto, somos hombres humildes y débiles¹⁸ que no tenemos en nosotros nada que deba ser apetecido o admirado.

18. Cuando Juan nos mandó que nos sentásemos, dimos gracias a Dios por el encuentro con él. Y éste, como si estuviera recibiendo a sus propios hijos legítimos después de mucho tiempo, con la cara sonriente, nos dirigió con franqueza estas palabras: “¿De dónde, hijos, y desde qué tierra han venido a este hombre humilde?”.

2,13. “Y, sin embargo, aunque hubiese en nosotros algo de acuerdo con su opinión, ¿acaso es algo de tal clase como leen en los profetas de Dios y en los Apóstoles? Estos, ciertamente, son leídos en voz alta en todos los templos de Dios para que se busquen ejemplos de vida para los hombres no de lugares lejanos y extranjeros, sino que cada uno tenga en su casa aquello que deba imitar.

20. El bienaventurado Juan nos dijo: “Y ¿para ver qué maravilla, hijos muy amados, eligieron tal camino y cansancio, deseosos de ver hombres humildes y sencillos que, para nada, son dignos de contemplar y admirar? Por todas partes hay quienes son dignos de admiración y elogio, como los

¹⁷ El período concluye en el párrafo siguiente.

¹⁸ Cf. Sb 9,5.

profetas y los apóstoles de Dios que son lectores en las iglesias. A éstos se debe imitar”.

2,14. “De ahí que me admiro muchísimo de la intención de su esfuerzo y afán, pues por el provecho de sus almas quisieron dejar atrás tantas regiones y acometer tantos esfuerzos, mientras que a nosotros la pereza y la desidia nos atan hasta tal punto que no nos atrevemos ni a caminar hasta nuestras celditas.

21. “Yo me admiro extraordinariamente del interés de ustedes, de cómo han venido a nosotros para beneficio de sus almas, tras despreciar tantos riesgos, a pesar de que nosotros, por timidez, no queramos que nadie se acerque ni siquiera a nuestra cueva”.

2,15. “Sin embargo, ya que creen que hay en nosotros algo de lo cual deben obtener provecho, primero debe indicárseles esto, que este mismo hecho de que han venido hasta nosotros y han emprendido tamaño esfuerzo en vernos no tenga ningún viso de jactancia, de modo que cada uno de ustedes no quiera tanto progresar hacia la virtud del alma como hacerse ver y jactarse de que ha visto a los que por otros parecen conocidos solo de oídas.

22. “Ahora bien, aunque también la acción de ustedes merece alabanza, no se imaginen que es suficiente el haber tenido un éxito, sino imiten las virtudes que nuestros padres buscan. Y, si logran también todas, lo que es raro, ni aún así se muestren confiados en ustedes mismos entonces”.

Enseñanza contra la jactancia

3,1. “Grave es el defecto de la jactancia, muy peligroso y, puesto que derriba a las almas desde la cima misma de la perfección, por esto mismo, antes de todo, quiero precaverlos de él.

22. “Algunos, con tal osadía y tras alcanzar la misma cima de las virtudes, han caído finalmente desde la cumbre”.

3,2. “Mas la especie de este mal es como doble. En efecto, a algunos les acaece enseguida, en los mismos inicios de su conversión, cuando han sacrificado un poco por la abstinencia o han dado un poco de dinero a los pobres, y como de eso deberían pensar como que arrojaron lo que [los] obstaculizaba, actúan y piensan como si fueran más altos que aquellos a quienes han dado algo.

3,3. “Pero la otra especie de jactancia se da cuando alguien, llegando hasta la virtud más elevada, no atribuye todo a Dios sino a sus esfuerzos y afanes y, mientras busca la gloria de parte de los hombres, pierde la que proviene de Dios¹⁹.

3,4. “Por lo cual, hijitos, huyamos de toda clase de vicio de la jactancia, no sea que incurramos en el desliz en el que el diablo ha incurrido.

Los vicios, entrada del diablo en el corazón

3,5. “Entonces, en adelante, debe prestarse especial atención a nuestro corazón y pensamientos. Pues debe observarse que ninguna concupiscencia, ninguna voluntad depravada, ningún deseo vano y no conforme a Dios hunda raíces en nuestro corazón.

3,6. “En efecto, a partir de esta clase de raíces continuamente pululan pensamientos vagos e inútiles y son tan molestos que ni cesan cuando oramos ni se ruborizan cuando estamos de pie ante la mirada del Señor y ofrecemos oraciones por nuestra salvación, sino que nos arrebatan el

¹⁹ Cf. 1 Ts 2,6.

alma cautiva y, aunque con el cuerpo parezca que estamos de pie en oración, con el sentido y el pensamiento andamos vagando y somos transportados por diversos [lugares].

3,7. “Así, si hay alguien que cree que ha renunciado al mundo y a las obras del diablo, no es suficiente que haya renunciado en haber abandonado las posesiones, los terrenos y los demás negocios del mundo, sino también que haya renunciado a los vicios propios y haber arrojado las voluntades inútiles y vanas. Pues son estas cosas de las que dice el Apóstol: *Deseos vanos y nocivos que hunden a los hombres en la muerte*²⁰.

3,8. “Entonces, esto es haber renunciado verdaderamente al diablo y sus obras. En efecto, el diablo se desliza en nuestro corazón por alguna ocasión de vicio y por la entrada de una voluntad depravada, porque los vicios provienen de parte de él, así como las virtudes provienen de Dios.

3,9. “Así pues, si hay vicios en nuestro corazón, al venir el diablo, su príncipe, le dan lugar como a su propio autor y lo hacen entrar como a su posesión²¹.

3,10. “Y de allí es que corazones de esta clase ya nunca pueden tener paz, nunca reposo, sino que siempre se turban, siempre se asustan, ya [se exaltan] por una alegría vana, ya se deprimen por una tristeza inútil; en efecto, tienen dentro de sí al peor habitante, al cual por sus propias pasiones y vicios dieron ocasión de ingresar en ellos mismos.

²⁰ 1 Tm 6,9; cf. 2 Tm 2,16.

²¹ Cf. Ef 4,27.

3,11. “Por el contrario, el alma que verdaderamente ha renunciado al mundo, es decir la que cortó y amputó de sí todo vicio y no dejó al diablo ningún acceso de entrada en ella, la que refrena la ira, contiene el furor, huye de la mentira, condena la envidia y no tolera solamente no hablar mal de su prójimo, sino ni siquiera pensar mal o sospechar de otro modo, la que considera los gozos del hermano como de sí misma y la tristeza de este como su propia tristeza²².

3,12. “Entonces, el alma que presta atención a estas cosas y [otras] semejantes a estas, abre en sí un lugar para el Espíritu Santo; y una vez que este ha entrado y la ha iluminado, ya siempre nacen allí gozos, siempre la alegría, *siempre la caridad, la paciencia, la longanimidad, la bondad y todos los que son frutos del Espíritu*²³.

3,13. “Y esto era lo que decía el Señor en el Evangelio: *El árbol bueno no puede dar frutos malos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Pues por los frutos se conoce el árbol*²⁴.

23-25. “Comprueben si les va bien con las plegarias, si la pureza del pensamiento de ustedes no se enturbia y si su mente no sufre ciertas inquietudes cuando suplican a Dios. Que ningún otro pensamiento, introduciéndose furtivo en vuestra mente, los desvíe hacia otra cosa; que ningún recuerdo de extraños pensamientos intranquilice su entendimiento.

Dense cuenta de que renunciaron al mundo según la verdad de Dios, de que no habéis entrado para *acechar nuestra libertad* (cf. Ga 2,4), de que no andan buscando nuestras virtudes por vanagloria, a fin de que se muestren a los hombres como artistas, imitando nuestras obras. Cuidense de que no los

²² Cf. St 4,11.

²³ Ga 5,22.

²⁴ Mt 7,17-20; 12,33.

perturbe pasión alguna, ni honor, ni gloria o alabanza humana, ni simulación del sacerdocio o egoísmo, ni creer que son justos, ni ufanarse de que están en lo correcto, ni recordar a los parientes cuando se ora, ni rememorar algún placer o cualquier otra sensación, ni siquiera el mundo en su totalidad. En caso contrario, el acto resulta vano cuando alguien, reuniéndose con el Señor, se deja llevar por pensamientos que le arrastran en sentido opuesto. Cada uno sufre esta inestabilidad de pensamiento, cuando no renuncia al mundo completamente, sino que busca afanosamente su adulación. Pues, a causa de los muchos propósitos, las preocupaciones corporales y terrenales dividen el pensamiento y, en fin, quien está en una lucha continua contra las pasiones, no puede ver a Dios”.

Advertencia sobre el sacerdocio

3,14. “Pero hay algunos que parece que han renunciado al mundo y no tienen cuidado de la limpieza del corazón²⁵, ni para cercenar los vicios y pasiones de su alma y componer las costumbres, sino que solo procuran ver a algunos de los padres santos y oír de ellos algunas palabras para, cuando se las relatan a otros, jactarse de que las aprendieron de este o aquel.

3,15. “Y si alguna vez han adquirido algo de ciencia por casualidad oyendo o leyendo, enseguida quieren hacerse maestros y enseñar no lo que han hecho sino lo que han oído y visto.

3,16. “Y, despreciando a los demás, se dedican ellos mismos al sacerdocio e intentan introducirse en el clero ignorando que es de menor condenación alguien que, aun siendo rico en virtudes, no se

²⁵ Cf. Mt 5,8.

anima a enseñar a otros, que alguien que, oprimido por los vicios y pasiones, enseña a otros sobre las virtudes²⁶.

3,17. Así pues, hijitos, no decimos que el clero o el sacerdocio debe evitarse por todos los medios ni, a la inversa, que debe ser apetecido por todos los medios, sino que debe darse trabajo a expulsar verdaderamente los vicios y a obtener las virtudes del alma.

3,18. “Y debe dejarse a juicio de Dios a quién quiere, y si quiere, adoptar para el ministerio o el sacerdocio. *En efecto no ha sido aprobado el que se introdujo por sí mismo, sino el que el Señor ha adoptado*²⁷.

Búsqueda de la contemplación

3,19. “Mas el trabajo principal del monje es llevar una oración pura a Dios no teniendo nada reprochable en la conciencia, como el Señor dijo también en el Evangelio: *Cuando se dispongan a la oración, perdonen a sus hermanos de corazón si tienen algo contra ellos. En efecto, si no perdonan a sus hermanos, tampoco su Padre los perdonará a ustedes. Pero si perdonan a sus hermanos, también a ustedes los perdonará su Padre que está en los Cielos*²⁸.

3,20. “Entonces, si nos presentamos ante Dios con un corazón limpio, como dijimos antes, y libres de todos estos vicios y pasiones que recordamos antes, podremos, en cuanto es posible, ver incluso a Dios y dirigir orando el ojo de nuestro corazón²⁹ a Él y ver al Invisible con

²⁶ Cf. Rm 2,21.

²⁷ 2 Co 10,18; cf. Hb 5,4.

²⁸ Mc 11,25; Mt 6,14.

²⁹ Cf. Ef 1,18.

el alma, no con el cuerpo, con el entendimiento de la ciencia, no con la vista de la carne.

3,21. “Nadie, pues, crea que puede contemplar la sustancia divina misma tal como es, de modo que se haga para sí en el corazón alguna imagen o figura semejante a alguna figura corpórea³⁰. No hay ninguna forma en Dios, ningún contorno, sino sentido y mente; y él ciertamente puede ser sentido y rozar el afecto del alma, pero no ser comprendido, descripto o narrado en su totalidad.

3,22. “Y por eso conviene acercarse a Dios con toda reverencia y temor y liberar en él el sentido de la mente de modo que todo lo que la mente humana puede mirar de esplendor, de claridad, de fulgor, de majestad, piense siempre que Él está sobre todas estas cosas, y esto, como dijimos, si la mente fuera pura y no estuviera ocupada por ninguna suciedad de voluntad depravada.

3,23. “Y por esto conviene sumamente que se dediquen a esto los que parecen renunciar al mundo y seguir a Dios, como está escrito: *Conságrense y conozcan que yo soy Dios*³¹.

3,24. “Así, si conoce a Dios en cuanto es posible al hombre conocerlo, entonces finalmente captará también la ciencia de las restantes cosas que son y conocerá los misterios de Dios, y cuanto más pura sea la mente en él, tantas más cosas le revela Dios y le muestra sus secretos³².

³⁰ Cf. 1 Tm 6,16.

³¹ Sal 45 (46),11; Ex 8,22.

³² Cf. Sb 7,17-21; 1 Co 13,2.

3,25. “En efecto, ya se hace amigo de Dios³³ como aquellos de quienes el Salvador decía: *Ya no los llamo siervos sino amigos*³⁴, y todo lo que pida de Él, Dios se lo otorga como a un amigo querido³⁵.

3,26. “Incluso las mismas virtudes angélicas y todos los servidores divinos lo aman como amigo de Dios y complacen sus peticiones³⁶. Y este es *a quien ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni las potestades ni ninguna otra creatura separan de la caridad de Dios, la cual está en Cristo Jesús*³⁷.

3,27. “Y por esto, queridísimos, puesto que han elegido agradar a Dios³⁸ y llegar a su caridad, dedíquense a volverse ajenos a toda jactancia, a todo vicio del alma, a todas las delicias corporales.

Sobre los placeres

3,28. “Pero no consideren solamente como delicias corporales aquellas de las que disfrutaban los hombres del mundo, sino que el abstínente debe creer que son delicias cualquier cosa que haya tomado con concupiscencia, aun cuando sea aquello de poco valor y habitual entre los abstinentes.

3,29. “En fin, el agua misma o el pan, si se toman con concupiscencia, esto es, no para que satisfagan la necesidad del cuerpo sino un deseo

³³ Cf. Ex 33,11.

³⁴ Jn 15,15.

³⁵ Cf. 1 Cro 4,10; Mt 21,22; 1 Jn 3,22.

³⁶ Cf. Mt 4,11.

³⁷ Rm 8,38; Col 1,16.

³⁸ Cf. Rm 8,8.

del alma, también esto es considerado por el abstinente como vicio de delicias.

3,30. “En efecto, conviene en todas las cosas que el alma se acostumbre a carecer de vicio. Por esto, en fin, el Señor, queriendo enseñar al alma a resistir a sus deseos y placeres decía: *Entren por la puerta estrecha, porque es ancho y espacioso el camino que lleva a la muerte; en cambio, el camino que lleva a la vida es angosto y estrecho*³⁹.

30. Por tanto, *es necesario que nosotros a través de muchas aflicciones entremos en el reino* (Hch 14,22); pues *angosta es la puerta y estrecho el callejón que lleva a la vida y pocos dan con ellos, y ancha es la puerta y amplía la calle que lleva a la perdición y muchos entran por ellas*.

3,31. Así pues, es ancho el camino del alma cuando ha satisfecho cualquier deseo suyo, pero es angosto cuando lucha contra sus placeres.

3,32. Sin embargo, para obtener estas cosas es muy provechosa la morada más bien secreta y la vida solitaria, porque de vez en cuando, con ocasión de que llegan hermanos y de la frecuencia de quienes van y vienen, se relajan los frenos de la abstinencia y la sobriedad, y por ocasiones de esta clase se llega poco a poco a la costumbre y hábito de las delicias, y así a veces los hombres, incluso ya perfectos, son capturados.

3,33. “Así pues, por esto decía David también: *He aquí que huyendo me alejé y habité en el desierto, y esperaba al que me haría salvo del ánimo débil y de la tempestad*⁴⁰.

³⁹ Mt 7,13 y ss.; cf. Hch 14,22.

⁴⁰ Sal 54 (55),8. 9.

3,34. “Pero les relataré qué sucedió hace muy poco a uno de nuestros hermanos para que los ejemplos pasados los hagan más cautos.

Suceso de un monje engañado

4,1. “Había uno que habitaba entre nosotros, en este desierto vecino, cuya vivienda era una cueva, hombre de suma abstinencia, *que buscaba el alimento cotidiano con el trabajo de sus manos*⁴¹, que perseveraba noche y día en oraciones y florecía con todas las virtudes del alma.

4,2. “Pero este, engreído por los felices sucesos, empezó como a confiar en sus progresos y no atribuía a Dios sino a sí mismo todo lo que había progresado. Y el tentador, mirando esta presunción de su alma, enseguida llega y prepara los lazos⁴².

32. “Había un monje en un desierto cercano que vivía en su cueva, enseñando toda la ascesis y procurándose con sus manos el pan diario. A medida que perseveraba en las súplicas y avanzaba en las virtudes, en fin, fue creyendo en sí mismo, confiado en su buena conducta.

4,3. “Pues cierto día al atardecer finge la figura de una mujer honorable que vagaba por el desierto, la cual, como cansada por el excesivo trabajo, se acercó a la puerta de la cueva del monje simulando que iba a caerse y, cansada, se lanzó adentro y, postrada a las rodillas del hombre, le ruega que tenga compasión también de ella. ‘Pues la noche’ –dijo– ‘me atrapó, infeliz de mí, cuando me ocultaba en el desierto; mándame descansar en una esquina de tu celdita, no sea que me haga presa de las fieras nocturnas’.

⁴¹ Tb 2,19; cf. Gn 5,29.

⁴² Cf. 1 Tm 3,6; 6,9.

4,4. “Pero él la recibió en su cueva con el primer pretexto de compasión preguntando qué motivo tenía para andar errante por el desierto. Ella modela una causa con bastante precisión y, entretanto, entremezcla los venenos de las dulzuras y el jugo de la seducción por todo el texto de la narración y, mostrándose ya merecedora de compasión, ya también digna de defensa, inclina con la elegancia y la suavidad del discurso los ánimos del hombre y lo doblega hacia el afecto de ella con amor seductor.

4,5. “A partir de aquí se mezclan ya los diálogos más seductores, las bromas y las risas; osada, también estira la mano hacia el mentón y la barba como en apariencia de veneración, y entonces tantea muy blandamente la nuca y acaricia el cuello. ¿Para qué más? Por último, conduce como cautivo al soldado de Cristo.

33. “El tentador lo reclamó para sí, como a Job, y al atardecer le presentó la aparición de una hermosa mujer errante por el desierto. Ella, puesto que encontró la puerta abierta, se lanzó dentro de la cueva y, tirándose a las rodillas del hombre, le pidió alojamiento, ya que le sorprendió el atardecer. Él, como tuvo piedad de ella, aunque no le beneficiaba, la acogió en la cueva y, a continuación, le preguntó sobre su viaje. Ella, mientras se lo contaba, también iba introduciendo en el monje palabras de adulación y engaño. Prolongaba extensamente la conversación con él e incluso, de esta manera, le invitaba al amor sutilmente. Al final, las palabras, risas y sonrisas entre ellos se tornaron en más”.

4,6. “En efecto, enseguida empezó a perturbarse dentro de sí y a agitarse con las olas del deseo sexual, recordando en vano los trabajos pasados, en vano su profesión y propósito. Pacta con la concupiscencia de su corazón y, en los arcanos de sus pensamientos, compone una alianza con el falso placer.

4,7. “Inclina insensatamente su costado y *se hace como el caballo y el mulo, entre los cuales no hay entendimiento*⁴³. Y, cuando ya intentaba entrar en abrazos obscenos, ella, lanzando un alarido muy repugnante de espantosa voz, tenue sombra como era, se desliza por entre las manos del que la abraza y lo abandona con una horrible risotada de burla cuando buscaba aires vacuos con movimientos indecorosos.

34. “Lo sedujo con una larga conversación y, a partir de eso, le tocó la mano, la barba y el cuello y, definitivamente, cautivó al asceta. De este modo, como aquél en su interior daba vueltas a sus malos pensamientos, es decir, al asunto que tenía entre manos, considerando la buena ocasión y la facilidad de satisfacer su placer, consintió finalmente en su mente y así le pidió incluso que se uniera a él, convertido ya en un caballo loco y apasionado por la yegua”.

4,8. “Luego entonces una multitud de demonios congregada en el aire para este mismo espectáculo, lanzando un fuerte clamor con una carcajada de reprobación, dice: ‘Oh tú, que te exaltabas hasta el cielo, ¿cómo has sido hundido hasta el infierno?’⁴⁴ Aprende, entonces, que *el que se exalta será humillado*⁴⁵.”

35. “Entonces ella desapareció de entre sus brazos con un gran grito, a la manera de una sombra que se desvanece, y se oyó en el aire una risa estridente de los demonios que le engañaron, criticándole a gritos: *A todo el que se encumbra, lo abajarán*. Tú fuiste elevado hasta los cielos y rebajado hasta los abismos”.

⁴³ Sal 31,9; Tb 6,17.

⁴⁴ Cf Lc 10,15.

⁴⁵ Lc 14,11; 18,14.

4,9. “Entonces él se volvió como loco y no soportó la vergüenza de haber sido engañado, y se engaña él mismo más gravemente que lo que había sido engañado por los demonios.

4,10. “En efecto, cuando debía recuperarse y renovar el combate, y borrar la culpa del orgullo anterior con las lágrimas de su reparación y los frutos de la humildad, no hizo esto, sino que, desesperando de sí mismo, como dijo el Apóstol, *se entregó a todo acto impúdico e inicuo*⁴⁶.

4,11. “En efecto, regresó a la vida secular hecho presa de los demonios. Pues rehuyó la vista de todos los santos, de modo que nadie podía volver a traerlo del precipicio con consejos saludables. En efecto, si hubiese querido devolverse a la vida anterior de abstinencia, habría recuperado sin duda tanto su posición como su gracia.

36. “A raíz de eso, se levantó por la mañana arrastrando el remordimiento nocturno y, tras pasar todo el día entre lamentos renunciando a su propia salvación, lo cual no le beneficiaba, volvió otra vez al mundo. Pues ésta es una práctica del Maligno, cuando quiere vencer a alguien: le lleva a la enajenación para que nunca más en adelante pueda levantarse. Por esto, hijos míos, no está cerca nuestro hogar de los pueblos vecinos, ni tampoco [es posible] el encuentro con mujeres, porque conllevan un recuerdo indeleble que queda después de verlas y conversar con ellas. Pero no debemos renunciar a nosotros mismos y entregarnos a la desesperación. Pues ya muchos, incluso de los que renunciaron a la vida monacal, no se vieron privados del amor del misericordioso Dios”.

⁴⁶ Ef 4,19; cf. Rm 6,19.

Suceso de un monje atormentado

5,1. “Oigan finalmente qué hizo otro, tentado de modo similar, pero con una salida no similar de la tentación.

5,2. “Hubo un hombre en esta ciudad cercana que llevaba a través de todo delito una vida muy infame, de modo que era considerado muy renombrado en infamias.

5,3. “Una vez este, arrepentido por compasión de Dios, se convierte a la penitencia y, encerrándose en un sepulcro, lavaba en las fuentes de las lágrimas las manchas de los crímenes anteriores, con el rostro postrado día y noche y *no osando ni siquiera elevar los ojos al cielo*⁴⁷ ni emitir voz y pronunciar el nombre de Dios, sino que persistía solo en gemidos y llantos, y viviendo como sepultado en cierto modo ya daba un mugido y gemido del corazón acerca del infierno.

37. Había algún otro joven en la ciudad que hizo cosas muy malas y había pecado gravemente. “Éste, contó [Juan], afligido por mandato de Dios a causa de sus muchos pecados, ocupó [una tumba en] el cementerio y se lamentaba de su vida pasada con la cabeza agachada, sin atreverse siquiera a alzar la voz, ni nombrar a Dios, ni suplicar, pues se creía indigno incluso de su vida. Tras encerrarse en las tumbas antes de morir y renunciar a su propia vida, sólo se lamentaba desde lo más profundo de su corazón”.

5,4. “Y, cuando para él, así dispuesto, transcurrió una semana, por la noche vienen a él los demonios gritando en el sepulcro y diciendo: ‘¿Qué es lo que haces, oh el más impuro e infame? Después que te has hartado con toda inmundicia y toda impureza, ¿ahora te nos apareces como casto y religioso? Y una vez que envejeciste entre crímenes y ya

⁴⁷ Lc 18,13.

no [te] alcanzan las fuerzas para los delitos, ¿ahora quieres parecer cristiano, púdico y penitente? Como si a ti, saciado de maldades, verdaderamente se te pudiera dar ya algún otro lugar sino aquel que se te debe junto a nosotros.

5,5. “Eres uno de nosotros, ya no puedes ser otro. Vuelve más, vuelve a nosotros, y el tiempo que te queda no lo pierdas para disfrutar completamente del placer. Estamos preparando delicias abundantes, estamos preparando meretrices de primera y todo tipo de cosas que puedan restaurarte la flor de la gratísima juventud.

5,6. “¿Por qué te consumes en inútiles y vacuos tormentos? ¿Por qué te entregas antes de tiempo a los suplicios? ¿Pues qué otra cosa vas a sufrir en el infierno sino esto que ahora tú mismo te impones? Si te deleita el castigo, espera un poquito y lo encontrarás preparado; ahora, entretanto, disfruta de nuestros dones, que siempre consideraste dulces y agradables.

5,7. “Mientras ellos le hacían estos y otros reproches del mismo tenor, él yacía inmóvil, sin volver ni siquiera su oído a ellos ni responder absolutamente ninguna palabra.

5,8. “Y, al repetirle ellos muchas veces lo mismo y otras cosas más espantosas, y al no moverse él en absoluto, los demonios cayeron en el furor. Cuando vieron que sus palabras eran despreciadas, empezaron a acabarlo a los golpes y, una vez torturado con muchos suplicios, lo dejaron casi muerto⁴⁸. Y, sin embargo, entre tantos y tan grandes tormentos no pudo ser movido ni un poco del lugar en el cual se había tendido para la oración.

⁴⁸ Cf. Lc 10,30.

38. “Pasados siete días, los demonios que dañaron su vida al principio, se le aparecieron durante la noche diciéndole a gritos: ‘¿Dónde está aquel pecador? Éste, una vez ya bastante saciado de las lascivias, se descubre inútil para nosotros, repentinamente casto y bueno, y, cuando ya no puede hacerlo, entonces quiere ser cristiano y recto. ¿Y qué bien espera que todavía le llegue, después de saciarse de nuestros males?

39. ¿No te levantarás de aquí rápidamente? ¿Acaso no vendrás con nosotros a tus hábitos usuales? Te esperan prostitutas y taberneros. ¿No vendrás y gozarás de los placeres para acabar con toda esperanza alternativa? Sin duda, tendrás tu juicio inmediato, si continúas destruyéndote de este modo. ¿Por qué te apresuras al castigo, miserable? ¿Por qué ansías que te llegue tu merecido cuanto antes?’. Y los demonios continuaron diciendo otras muchas cosas: ‘Eres nuestro, te uniste a nosotros, practicaste todo tipo de maldad, te has vuelto deudor nuestro y ¿te atreves a escaparte? ¿No respondes? ¿No estás de acuerdo? ¿No vendrás con nosotros?’.

40. Aquél, entre lamentos, no les prestaba oídos ni les respondía palabra alguna, sin embargo, los malos demonios permanecieron junto a él mucho tiempo sin conseguir nada, aunque le repetían las mismas cosas una y otra vez, y, después de agarrarlo, lo maltrataban con crueldad, torturando todo su cuerpo. Tras atormentarlo insanamente, se alejaron dejándolo medio muerto”.

5,9. “Al día siguiente, algunos de los suyos, buscándolo solamente por humanidad, lo encuentran extenuado por increíbles castigos y, preguntando la causa, cuando la supieron le rogaban que permitiera ser llevado de regreso a su propia casa para ser cuidado. Él se niega y permanece en el mismo lugar.

41. “Éste, por su parte, yacía inmóvil donde lo abandonaron, gimiendo otra vez cuando recuperó el ánimo. Sus parientes, después de buscar su rastro, cuando lo encontraron y le preguntaron la causa de su sufrimiento físico, consideraron adecuado llevárselo a casa”.

5,10. “Entonces los demonios, volviendo la noche siguiente, lo atormentan con golpes más fuertes. Pero ni aun así quiso moverse del lugar, diciendo que era mejor sufrir la muerte que someterse a los demonios.

42. “Sin embargo, él se resistió durante algún tiempo a los que trataban de forzarlo insistentemente y, de nuevo, a la noche siguiente, los demonios lo trataron peor que la anterior con los mismos suplicios. Ni aún así, sus familiares lo persuadieron de que cambiase de parecer y de que aceptara que era mejor morir que vivir con tales penas”.

5,11. “Igualmente, la tercera noche acude una multitud de demonios y, arrojándose contra él sin ninguna compasión, lo acaban con todos los castigos y tormentos. Y, cuando ya el cuerpo fallaba entre los suplicios, el espíritu, sin embargo, resistía en las últimas ante el imperio de los demonios. Y, cuando los impíos vieron esto, exclamando con gran voz dicen: ‘Venciste, venciste’ y, puestos en fuga por una fuerza del cielo, se marchan precipitadamente y nunca más proyectan sobre él algo de su artificio o crimen.

43. “La tercera noche entera por poco no se llevó al hombre por obra de los demonios, quienes le atacaron despiadadamente con tormentos y le arruinaron hasta el último respiro. Pero, como vieron que no cedía, desaparecieron, tras dejarle, no obstante, sin respiración. Así que, mientras se marchaban, le gritaron: ‘¡Venciste, venciste, venciste!’. Y ya no le sobrevino nada terrible, sino que con pureza vivió puro en la tumba, mientras vivía ejercitándose en la pura virtud. Hasta tal punto llegó a serpreciado para Dios y a hacer demostración de milagros, que provocó el asombro y la admiración de muchos por su buena conducta”.

5,12. “Pero él progresó tanto en las virtudes del alma y se volvió tan adornado con las costumbres y tan colmado de toda gracia divina que toda esta región lo veía como caído del cielo y creía que era uno de

entre el número de los ángeles, diciendo todos casi al mismo tiempo y con una voz: *Este es el cambio de la derecha del Altísimo*⁴⁹.

5,13. “Con el ejemplo de este, ¿cuántos que ya habían desesperado de sí mismos nuevamente volvieron a la esperanza de salvación y esperaron la corrección de sí mismos, de la cual antes habían desesperado? ¿Cuántos por su admiración se retiraron de un infierno mismo ya de pecados y se restauraron en el carácter de la virtud?

5,14. “Pues, convertido él con un cambio tan grande, todo parecía posible a todos⁵⁰. En efecto, no solo florecía la enmienda de las costumbres en él y la adopción de las virtudes, sino que también le fue proporcionada una gran gracia de Dios. Pues los signos y prodigios que fueron realizados por él daban testimonio de cuánto mérito tenía ante Dios.

5,15. “Así, la humildad y la conversión ofrecen materia para todos los bienes, pero el orgullo y la desesperación son causa de extinción y muerte⁵¹.

44. “Después de esto, muchísimos de los que incluso se rechazaron a sí mismos, volvieron a las buenas obras, rectificaron y se cumplió en ellos lo que dice la Escritura: *Todo el que se abaja, será encumbrado* (cf. Lc 14,11; 18,14). Por tanto, en primer lugar, hijos, ejercitemos la humildad, que es el primer cimiento de todas las virtudes. En este sentido, nos conviene totalmente el desierto más remoto para la ascesis”.

⁴⁹ Sal 76 (77),11.

⁵⁰ Cf. Mc 9,22.

⁵¹ Cf. Lc 14,11; 18,14; 1 Tm 3,6.

Caída y ascenso de un monje

6,1. “Pero para evitar los peligros de las caídas y obtener la gracia de Dios, y para tomar un conocimiento más claro de su misma divinidad es muy útil la vida en lo más oculto y la morada del desierto profundo. Y creo mejor enseñarles esto no tanto con palabras como con los mismos hechos y ejemplos.

6,2. “Hubo cierto monje que habitaba en este desierto más adentro que los demás. Como él hubiera perseverado muchos años en la abstinencia y, avanzado en edad, hubiera llegado ya casi al tiempo de la vejez, adornado con toda flor de virtudes y elevado por la grandeza de toda continencia, ya que servía a Dios frecuentemente en oraciones e himnos, el Señor prepara las recompensas como para su soldado que ha cumplido el servicio, como corresponde a quien, todavía colocado en el cuerpo, cumpliera oficios de la vida incorpórea al modo de los ángeles, juzgándolo digno de ofrecer el alimento celestial en el desierto a aquel que esperaba al rey celestial con guardia vigilante⁵².

45. Había otro monje que vivía en el desierto más lejano y, durante muchos años, se había conducido a través de la virtud. Luego, ya viejo, se vio tentado por el ataque de los demonios. En efecto, el asceta era amante de la tranquilidad y pasaba el día entero entre numerosas súplicas, cantos y contemplaciones. Finalmente, incluso, veía algunas visiones claras de parte de Dios, unas veces despierto, otras incluso dormido.

6,3. “Así pues, Dios, queriendo recompensar también en este mundo su fiel propósito para su inquietud por su Providencia, retira la preocupación por su alimento cotidiano. En efecto, cuando la

⁵² Cf. Is 8,17.

necesidad de la naturaleza demandaba alimento, [él,] al entrar en su cueva encontraba puesto sobre la mesa un pan de admirable suavidad y brillo, y alimentado con este y dando gracias al auxilio divino, se volvía nuevamente a los himnos y oraciones.

47. En esa situación, Dios, para honrarle, le concedió que, durante un tiempo determinado, cada dos o tres días, apareciera pan sobre la mesa para que tuviera y lo comiera.

6,4. “Y a él también le hacía Dios muchas revelaciones y premoniciones de hechos futuros.

6,5. “Entonces, ubicado en tamaños progresos de tal clase, puesto que comenzó a gloriarse de méritos como si fueran suyos y consideró el don del beneficio celestial como debido a su propia vida, enseguida se desliza en él cierta pequeña desidia de ánimo, tan pequeña que ni siquiera podía advertirla. Después de esto, la negligencia se hizo tan grande que ya se hacía un poco tarde para los himnos y también se levantaba con bastante pereza para la oración,⁵³

6,6. “incluso los mismos salmos no se cantaban con la atención de antes, sino que, cuando una pizca del ministerio habitual se hacía patente, su alma se apresuraba a reposar como fatigada por un excesivo trabajo, *porque su sentido, vuelto reprochable*⁵⁴, se había desplomado desde lo más sublime a lo más inferior, y sus pensamientos lo arrebatában⁵⁵ por diversos abismos.

⁵³ El período termina en el párrafo siguiente.

⁵⁴ Rm 1,28.

⁵⁵ Cf. Jb 20,2.

6,7. “En efecto, ya en su corazón había cierto pensamiento oculto, vergonzoso y abominable; sin embargo, la costumbre anterior, como si la corriente del agua transportara la barca aun cuando los remos cesan, con el impulso anterior, así la antigua disposición arrastraba al hombre a los oficios acostumbrados. Y por esta causa parecía también que aún permanecía firme en su estado.

6,8. “Entonces él, cuando después de las oraciones buscaba el alimento al atardecer, como de costumbre, al entrar en el lugar en el que solía reponerse, encontraba el pan puesto sobre la mesa, como de costumbre y, alimentado con este, no se preocupaba por enmendar nada de lo que se revolvía en su corazón, ni percibía los daños de su cambio, *sino que, despreciando las cosas más pequeñas, no comprendía que poco a poco caería*⁵⁶.

48-50. El asceta, cuando sentía el cuerpo necesitado, descubría el alimento a la entrada de la cueva y, tras postrarse y alimentarse, volvía a los cantos, perseverando en la súplica y teniendo visiones. Así, crecía cada día y añadía algo de virtud al presente y algo de esperanza al futuro, mientras avanzaba siempre hacia lo mejor, aunque estaba casi seguro de que la mejor parte era suya entonces, como si ya la tuviera entre sus manos. Y así le sucedió: ¡qué poco necesitó para caer a consecuencia de la tentación que le sobrevino después de esto! ¿Y por qué no contamos que él estuvo a punto de caer? Pues cuando esta idea le vino a la mente, no advirtió que se creía algo mejor que la mayoría y que ya había conseguido algo mejor que el resto de los hombres. En ese estado, finalmente, llegó a fiarse demasiado de sí mismo. Así pues, al principio le surgió una pequeña despreocupación en poco tiempo, tan pequeña que no parecía que fuera despreocupación. Luego le creció una mayor despreocupación, hasta el punto de ser perceptible. Incluso se levantaba más tarde para los

⁵⁶ Si 19,1.

cantos, era ya más perezoso para dar las gracias y el canto ya no era tan prolongado. Su alma ansiaba descansar, su mente se inclinaba hacia lo bajo y sus pensamientos sufrían algunas inquietudes. En cierto modo, se ejercitaba alguna maldad en lo oculto de su corazón. Sin embargo, el hábito de su vida anterior conducía todavía al asceta, como una inercia de aquel empeño, y lo mantenía entre tanto. Un día, al entrar después de sus súplicas acostumbradas, descubrió hacia el atardecer el pan que Dios le suministraba sobre la mesa y lo tomó.

6,9. “Mientras tanto, aunque ya fuera aguijoneado por el grave incendio del deseo sexual e, inflamado por una vergonzosa concupiscencia, fuera arrebatado de nuevo hacia el mundo, por ese día se contuvo y llevó adelante los ministerios habituales de himnos y oraciones según su costumbre, y al entrar para tomar el alimento, encontró ciertamente el pan puesto sobre la mesa, pero un poquito sucio.

6,10. “Se admiró del efecto incluso triste pues comprendió adónde miraba esta clase de prodigio. Sin embargo, tomó el alimento y se repuso.

6,11. “Al tercer día empezó a ser urgido por aguijones triplicados. Pues había ocupado sus pensamientos la imagen de una mujer como ya presente y ubicada con él, y acostada junto a él, a la cual le parecía abrazar y tenerla sometida a relaciones vergonzosas.

6,12. “Sin embargo, también el día siguiente siguió adelante con los oficios habituales de cantar salmos y orar, pero estaba con ojos dispersos y mente cautiva.

50-52. Mientras que no rechazó aquel empeoramiento y no comprendió cómo su falta de observancia estropeaba su diligencia, no se dedicó a la curación de su mal, sino que infravaloraba el relajarse en sus obligaciones. Por consiguiente, un deseo pasional que se apoderó de él, condujo sus

pensamientos hacia lo terrenal. Aunque se contuvo hasta entonces, al día siguiente, cuando volvió a su habitual ascesis y tras dar gracias y cantar, entró en la cueva y encontró el pan colocado, pero ya no tan cuidado y limpio, sino que, de alguna manera, ahora estaba con polvo. Sorprendido y relativamente entristecido, a pesar de esto, se lo comió y se recuperó. A la tercera noche, este mal se produjo tres veces mayor: su mente se lanzó rápida hacia los malos pensamientos, su memoria estaba en una disposición tal, como si una mujer estuviera presente y yaciendo con él. Esa situación la tenía ante los ojos y acabó como si estuviera haciéndolo.

Así, al tercer día salió como siempre a su labor, a sus oraciones de gracias y a sus cantos, pero sin tener ya los pensamientos puros, sino que volvía la cabeza constantemente y levantaba los ojos, echando miradas aquí y allá. Pues los recuerdos de sus deseos interrumpían su buen trabajo.

6,13. “Y cuando al atardecer entró como era costumbre para buscar el alimento, encontró ciertamente el pan sobre la mesa, pero muy sucio y seco, y como roído desde todos los bordes por ratones o perros.

6,14. “Entonces él, cuando lo vio, gimió y vertió lágrimas, pero no tan de corazón ni tan abundantes que pudieran apagar la llama de un fuego tan grande. Con todo, toma el alimento, pero no cuanto quería ni de la calidad que solía, cuando entretanto los pensamientos lo rodean de todos lados como un ejército bárbaro y lanzan dardos de todas partes contra él, y lo llevan de regreso al mundo, encadenado y cautivo.

53-54. Por la tarde, entró necesitado de pan y lo encontró en la mesa, pero como mordisqueado por ratones o perros y con un resto de la corteza. Entonces rompió a llorar, pero no lo suficiente como para alejar aquello que no era habitual y, puesto que no comió todo lo que quería, no fue capaz de dormir. Cuando le vinieron los malos pensamientos en tropel, rodeándole por todos lados y combatiendo contra su juicio, rápidamente lo llevaron cautivo al mundo.

6,15. “Así pues, se levantó y empezó a hacer camino de noche por el desierto y dirigirse a la ciudad.

6,16. “Pero cuando se hizo el día, la ciudad ciertamente aún estaba lejos. Él, al cocinarse por un calor rapidísimo y fatigarse en el desierto, se volvió a todas partes y empezó a mirar atentamente con los ojos y buscar si había un monasterio en las cercanías y, tras ver la celdita de unos hermanos, se dirigía allí para descansar entre ellos.

6,17. “Y cuando los siervos de Dios se dieron cuenta de que estaba allí, enseguida corren a su encuentro y lo adoran, recibéndolo como un ángel de Dios⁵⁷, le lavan los pies, lo invitan a la oración, ponen la mesa y cumplen todos los servicios de la caridad conforme al mandato divino⁵⁸.

6,18. “Mas una vez que se alimentó y descansó un poco, empezaron según su costumbre a pedir una palabra de edificación y a preguntar por consejos de salvación como a un padre muy experimentado e ilustre, y también a preguntarle cómo alguien podría evadir los lazos del diablo⁵⁹ y, si a veces lanzara a su alma pensamientos vergonzosos, cómo podrían rechazarse y expulsarse.

54-55. Cuando el monje se levantó, partió hacia el mundo habitado, viajando de noche, por el desierto. Al sobrevenirle el día, mientras estaba todavía bastante lejos de la región habitada y afligido por el intenso calor, se cansó. Buscaba por todas partes mirando en derredor suyo por si en algún lugar aparecía un monasterio, donde encontrar descanso. Y precisamente esto ocurrió. Lo recogieron unos piadosos y fieles hermanos,

⁵⁷ Cf. Ga 4,14.

⁵⁸ Cf. Jn 13,12-17.

⁵⁹ Cf. 1 Tm 3,7; 6,9; 2 Tm 2,26.

quienes, viéndole como [si se tratara de] un padre recto, le lavaron los ojos y los pies. Después, tras ponerle la mesa, le pedían con afecto que comiera los alimentos que le habían ofrecido. Una vez que se recobró, los hermanos le solicitaron que les pronunciara unas palabras de salvación: a través de qué caminos podían salvarse del lazo del diablo y sobre cómo vencerían a los pensamientos impuros.

6,19. “Entonces él, cuando fue obligado a dar consejos a los hermanos y a enseñarles la vía de salvación y a dar un sermón sobre las asechanzas del demonio a las que los siervos de Dios están atentos, ciertamente los instruyó de modo pleno y suficiente, pero encendió en sí mismo los agujones del arrepentimiento y, volviendo sobre sí, dice: ‘¿Cómo aconsejo a otros y soy yo mismo engañado? ¿O cómo corrijo a otros yo, que no me enmiendo a mí mismo?’⁶⁰. Vamos, pues, pobre de ti, primero haz tú mismo lo que enseñas a hacer a otros’.

6,20. “Y, al usar esta clase de reproches contra sí mismo y al haber comprendido que había sido derribado miserablemente, despidiéndose de los hermanos, enseguida se marchó al desierto en muy veloz carrera. Y volvió a la cueva de la que se había marchado postrándose ante el Señor y diciendo: ‘*Si el Señor no me hubiese ayudado, por poco habría habitado mi alma en el infierno*’⁶¹. Y de nuevo: ‘*Por poco estuve en todo mal y por poco me acabaron en la tierra*’⁶².

56-57. El asceta, como un padre que aconseja a sus hijos, les exhortó a perseverar en el trabajo, puesto que, en poco tiempo, pasarían a un largo descanso. Les ayudó mucho mediante la explicación de otras muchas

⁶⁰ Cf. Rm 2,21.

⁶¹ Sal 93 (94),17.

⁶² Pr 5,14; Sal 118 (119),87.

materias relacionadas con la ascesis. Tras aconsejarles y reflexionar brevemente sobre sí mismo, meditaba cómo [era que] él permanecía sin consejo, aunque daba consejo a otros. Así, consciente de su propia derrota, regresó a la carrera al desierto de nuevo, compadeciéndose de sí mismo del siguiente modo: *Si el Señor no me hubiera ayudado, pronto mi alma habría estado en el Hades y casi en todo mal he estado. Casi me han echado por tierra.*

6,21. “En esto verdaderamente se cumplió lo que dice la Escritura: *El hermano que ayuda a su hermano es como una ciudad protegida y fuerte*⁶³.

57. Y le sucedió lo que está escrito: *Un hermano siendo socorrido por un hermano es como ciudad fuerte y como muralla impenetrable.*

6,22. “Y después de esto permaneció toda su vida en luto y lágrimas, viendo que había perdido el beneficio de la mesa celestial concedido a él por Dios; en efecto, comenzó *a comer su pan con el trabajo y el sudor de su rostro*⁶⁴.

6,23. “Y se encerró en la cueva y, yaciendo *en cilicio y ceniza*⁶⁵, permaneció muy largo tiempo llorando y lamentándose en oraciones hasta que el ángel del Señor se le apareció y le dijo: ‘El Señor recibió tu penitencia y ha vuelto a serte favorable, pero ten cuidado que no vuelvas a ser engañado por orgulloso.

6,24. ‘Vendrán a ti los hermanos a quienes tú mismo enseñaste trayéndote bendiciones. No rehúses recibirlas y, tomando el alimento con ellos, da gracias a tu Dios’.

⁶³ Pr 18,19.

⁶⁴ Cf. Gn 3,19.

⁶⁵ Is 58,5; Mt 11,21.

58. Y desde entonces en adelante, siguió llorando todo el tiempo, privado de la comida que venía de Dios y ganándose su propio pan con su esfuerzo. Pues, tras encerrarse a sí mismo en la cueva y cubrirse con un saco y ceniza, no se levantó de la tierra, ni cesó de llorar, hasta que oyó la voz de un ángel que le decía en sueños: “Dios aceptó tu arrepentimiento y ha tenido piedad de ti. Pero, de ahora en adelante, cuídate de que no te engañen. Vendrán a consolarte los hermanos a los que tú aconsejaste y te traerán regalos. Cuando los recibas, los compartirás con ellos y darás gracias a Dios siempre”.

La humildad. Cómo actuar ante las tentaciones.

7,1. “Así, les he dicho estas cosas⁶⁶, hijitos, para que sepan cuánta firmeza hay en la humildad y cuán cercana está la ruina en el orgullo. Por eso, al fin, también nuestro Salvador nos enseñó la primera bienaventuranza sobre la humildad diciendo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*⁶⁷.

59. Por tanto, hijos, os he enseñado esto para que primeramente ejercitéis la humildad, tanto si creéis que estáis entre los pequeños, como entre los grandes –pues éste es el primer mandamiento del Salvador que dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos*– y, en segundo lugar, para que los demonios no os engañen con fantasías que despierten en ustedes.

7,2. “Aprendiendo ejemplos como estos, sean más precavidos para no ser seducidos por los demonios en la sutileza de los pensamientos.

⁶⁶ Cf. Jn 15,11; 16,33.

⁶⁷ Mt 5,3.

7,3. “En efecto, por esto mismo se observa también entre los monjes la formalidad de que, si alguien viene hasta ellos, sea hombre o mujer, sea anciano o joven, tanto si es conocido como si no lo es, ante todo se haga una oración y se invoque el nombre del Señor porque, si fuera alguna transfiguración del demonio, enseguida huirá tras hacerse la oración.

60. Así, en el caso de que alguien venga a vosotros, hermano, amigo, hermana, mujer, padre, maestro, madre, hijo, sirviente, extiéndanle primero los brazos en gesto de súplica, pues, si es una aparición, huirá de ustedes. Si les engañan los demonios o los hombres con adulaciones y alabanzas, no se dejen persuadir por éstos, ni se dejen arrastrar en su mente.

7,4. “Y si los demonios mismos sugieren en los pensamientos de ustedes algo por lo cual deban ser alabados y ensalzados, no se deleiten en estos, mas entonces humíllense más ante la mirada del Señor y piensen que no son nada, cuando aquellos les sugieran algo sobre buscar la alabanza.

7,5. “Por último, también a mí los demonios me sedujeron frecuentemente en las noches y no me permitieron orar ni descansar, sugiriendo ciertas fantasías a mis sentidos y pensamientos por toda la noche.

7,6. “Pero a la mañana, con cierto engaño, se postraban ante mí diciendo: ‘Perdónanos, *abba*, porque te dimos trabajo toda la noche’. Yo, a mi vez, les respondí: ‘*Apártense de mí todos los que obran la injusticia*⁶⁸, y no tienten al siervo del Señor’.

⁶⁸ Sal 6,9; Mt 7,23.

61. Pues incluso a mí los demonios me engañaron del mismo modo muchas veces por la noche y se aliaron para que yo no orara ni descansara, mandándome ciertas apariciones. Y al alba, burlándose de mí, cayeron a mis pies diciendo: “*Abba*, perdónanos porque te hemos estado molestando toda la noche”. Pero yo les contesté: “*Apártense de mí, todos los hacedores de iniquidad*, pues no tentarán a un siervo de Dios (cf. Mt 4,7)”.

7,7. “Y entonces ustedes, hijitos, amen el reposo y el silencio, y dedíquense a la ciencia y ejercítense a ustedes mismos, para que, con el frecuente combate, muestren a Dios un alma pura, *de modo que sus oraciones no sean rechazadas por Dios*⁶⁹.”

7,8. “En efecto, aunque aquellos que, ubicados entre los seculares, se ejercitan en buenas obras y se ocupan en actos religiosos y santos, ya buscando la hospitalidad, ya ocupándose en ministerios de caridad, ya realizando obras de misericordia, visitas y otras similares para aportar, ciertamente, siempre algo bueno a los otros, aunque aquellos también hagan una obra buena y tengan una conciencia digna de aprobación, aun así *consérvense a sí mismos castos*⁷⁰. Así pues, son dignos de aprobación y muy dignos lo son esos que agradan a Dios en actos buenos y son *obreros inconfundibles de los mandamientos de Dios*⁷¹. Y, sin embargo, todo esto consiste en actos terrenales y es realizado sobre materias corruptibles.

62. Por tanto, hijos, busquen también ustedes la tranquilidad así, ejercitándose siempre en la contemplación, para que oren a Dios y tengan el pensamiento puro. También es bueno aquel asceta que permanece en

⁶⁹ 1 P 3,7.

⁷⁰ 1 Tm 5,22.

⁷¹ 2 Tm 2,15.

el mundo practicando y ocupado en buenas obras, el que da muestras de fraternidad, hospitalidad y amor, reparte limosnas, hace el bien a los visitantes, ayuda a los enfermos y permanece libre de ofensas.

7,9. “Mas quien se fatiga en el ejercicio del espíritu y cultiva en sí mismo los sentidos espirituales debe ser juzgado como muy superior a aquellos. Pues prepara dentro de sí mismo un lugar donde habite el Espíritu Santo y, olvidándose en cierto modo de los asuntos terrenales, se preocupa por los celestiales y eternos.

7,10. “En efecto, siempre se sitúa a sí mismo ante la mirada de Dios⁷² y, arrojando tras la espalda todas las preocupaciones de las cosas presentes, es apremiado solo por el calor del deseo divino y por ello, puesto día y noche en las alabanzas de Dios, en los himnos y en los salmos, no puede saciarse”.

63. De hecho, éste es bueno y más bueno, pues cumple los mandamientos en la práctica y en los actos, pero se ocupa de las cosas terrenales. En cambio, mejor y más importante que aquél es el monje contemplativo, es decir, el que ha ido a la carrera desde lo práctico a lo intelectual, dejando a otros el inquietarse por aquello. En efecto, [es mejor] el que se ha negado y olvidado de sí mismo y se ocupa de las cosas celestiales, rindiéndose libre de toda preocupación a Dios, sin ser arrastrado por lo de abajo a causa de inquietud alguna. Así, ése pasa la vida con Dios, es ciudadano junto a Dios, cantando a Dios con incesantes himnos.

7,11. Diciéndonos estas cosas y muchas otras semejantes a ellas durante tres días seguidos, el bienaventurado Juan reconfortó y renovó nuestras almas.

⁷² Cf. 2 R 3,14.

64. Mientras nos explicaba minuciosamente estas y otras cosas, el bienaventurado Juan cuidó de nuestras almas, conversando hasta la novena hora durante tres días.

Despedida de los peregrinos

7,12. Cuando empezamos a querer separarnos de él, nos dio la bendición y dijo: “Vayan en paz, oh hijitos. Pero quiero que sepan esto, que en el día de hoy se anunció la victoria del religioso príncipe Teodosio de Alejandría sobre el tirano Eugenio.

7,13. “Pero es necesario que el mismo Teodosio en no mucho tiempo termine su vida con la muerte propia”. Y, cuando nos separamos de él, hallamos que estos hechos habían sucedido exactamente como él mismo lo había predicho⁷³.

64. Y tras bendecirnos, nos ordenó marchar en paz, diciéndonos además alguna profecía, como, por ejemplo: “Hoy las fiestas triunfales del piadoso soberano Teodosio por el derrocamiento del tirano Eugenio han llegado a Alejandría”; y: “Es necesario que el soberano muera de muerte natural”. Resultó que esto ocurrió de esta manera.

7,14. Y pocos días después nos siguieron algunos hermanos que nos anunciaron que el mismo santo Juan se había dormido en paz, y su muerte ciertamente fue así: dicen que por tres días no permitió que nadie entrara hasta su morada y, arrodillado en oración, entregó su espíritu y así marchó al Señor, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

⁷³ Flavio Eugenio, usurpador del trono en la parte occidental del Imperio, fue derrotado por el emperador Teodosio en septiembre del 394. El mismo Teodosio murió en enero del 395. Es conocida la importancia de este emperador para el afianzamiento del cristianismo en el Imperio.

65. Cuando estábamos visitando a muchos otros padres, llegaron unos hermanos para anunciarnos que el bienaventurado Juan había muerto de una manera sorprendente: tras ordenar que nadie se dirigiera a él de visita durante tres días, puesto de rodillas para orar, murió yéndose con Dios, al cual sea la gloria por los siglos. Amén.

II. Sobre *abba Or*

Or y sus discípulos

1. Vimos también en Tebaida otro varón admirable de nombre Or. Este era padre de muchos monasterios y por su mismo hábito parecía de honor angélico, contando ya noventa años de edad, con barba abundante y brillante por una clara canicie, tan alegre de rostro y aspecto que su misma imagen parecía tener algo más que lo que hay en la naturaleza del hombre.

1. También visitamos a otro hombre sorprendente en la Tebaida, cuyo nombre era *abba Or*, de apariencia angélica, aunque tenía casi 90 años, con una espléndida barba hasta el pecho y tal brillo en el rostro, que cualquier hombre sólo con verlo, se sentía apocado. Era padre de monasterios habitados por mil hermanos.

2. Éste, ejercitado primero en lo más remoto del desierto en muchísimos trabajos de abstinencia, al final estableció monasterios en la cercanía de la ciudad.

2. Éste, que se había ejercitado al principio mucho en soledad en el desierto más lejano, unificó después los monasterios en un desierto cercano, tras haber plantado árboles en una zona pantanosa con sus propias manos. [Gracias a Or,] en el lugar había vegetación, de modo que abundaba la madera en ese desierto.

3. Él mismo, en los lugares que estaban junto a su morada, plantó bosques de árboles de diversa clase poniendo por sí solo los vástagos. Y en ellos, como nos fue afirmado por muchísimos padres santos, no había absolutamente ningún brote antes de su llegada. Pero plantó este bosque por esto, para que los hermanos que deseaba congregar allí no tuvieran necesidad de ir lejos por leña, de modo que él tenía cuidado incluso de las cosas que son necesarias para el servicio del cuerpo, pero principalmente de la salvación y la fe de aquellos.

3. Así, los padres que vivían cerca de él nos decían: “Ni un brote había allí cuando en origen el hombre apareció del desierto”. Plantó esto para que los hermanos que se dirigieran a visitarlo no tuvieran que transportarla necesariamente, sino que Or les procurara toda provisión, pidiendo a Dios y luchando por su salvación, a fin de que no se quedaran sin lo necesario, ni tuvieran una excusa para despreocuparse.

4. Sin embargo él, estando en el desierto, se alimentaba de ciertas hierbas y raíces, y estas le parecían sabrosas. Y bebía agua si en alguna ocasión la hallaba, ocupando todo el tiempo del día y la noche en oraciones e himnos.

4. Or, cuando vivió por primera vez en el desierto, comía hierbas y algunas raíces dulces, y bebía agua también, cuando la encontraba, perseverando durante todo el tiempo en las oraciones e himnos.

5. Mas cuando llegó a la edad madura, se le apareció en el desierto un ángel, que por medio de una visión le dijo: “Te convertirás en una gran nación y te será confiado un pueblo numeroso⁷⁴, y habrá muchos miles de hombres que serán salvados por ti. A todos cuantos conviertas a la salvación mientras estés puesto en esta vida, sobre todos ellos recibirás

⁷⁴ Cf. Gn 17,16; 35,11; 46,3; 48,19.

la primacía en el futuro, y no temas nada, pues nunca te faltará nada de lo que se requiere para el funcionamiento del cuerpo cuantas veces lo pidas a Dios”.

4. Cuando definitivamente le llegó el final de la vejez, un ángel se le apareció en sueños en el desierto diciendo: “Darás lugar a una gran nación, pues un gran pueblo te será confiado, y los salvados por ti serán cien mil. A cuantos ganes aquí, de tales serás gobernador en la eternidad futura. No dudarás nunca”, el ángel siguió diciendo, “pues jamás las cosas necesarias te faltarán hasta la muerte, siempre que invoques a Dios”.

6. Cuando hubo oído estas cosas, se marchó a lugares más cercanos y empezó a habitar primero solo bajo una pequeña choza que se había construido él mismo, alimentándose únicamente con legumbres en conserva, a veces también después de ayunos prolongados.

5. Tras escuchar esto, se marchó a un desierto cercano, donde vivió absolutamente solo. Se construyó una pequeña cabaña, donde se contentó únicamente comiendo legumbres en conserva, a menudo, una sola vez por semana incluso.

Gracias concedidas a Or

7. Al principio ignoraba las letras, pero cuando marchó desde el desierto a estos lugares que mencionamos arriba, más cercanos a los habitáculos, le fue dada la gracia por obra de Dios. Y, cuando le fue presentado un códice por los hermanos, empezó a leer como si ya conociera las letras desde antaño.

5. Aunque al principio era un analfabeto, después de dirigirse del desierto al mundo, Dios le concedió un don y recitó de memoria las Escrituras. A partir de entonces conocía las letras, así que, cuando los hermanos le entregaron un libro, Or lo leyó.

8. Le fue conferida también tal fuerza contra los demonios que muchos de los que eran urgidos por demonios eran arrastrados a él incluso sin quererlo, protestando con gran griterío sobre sus méritos⁷⁵. Mas también obraba muchísimas otras sanaciones.

6. También recibió otro don, el de expulsar a los demonios, de modo que muchos endemoniados que sufrían iban a él para celebrar a gritos su manera de vivir, aunque sus demonios no quisieran. Y, como llevaba a cabo otro tipo de curaciones, no descansaba, puesto que los monjes, que sufrían a miles, eran traídos a él de todas partes.

Enseñanzas de Or

9. Entre tanto, se congregaban junto a él numerosas multitudes de monjes, y cuando entre ellos también llegamos nosotros, al vernos se pone muy alegre. Y tras orar al saludarnos, según la costumbre usual para él, lava los pies de los huéspedes con sus propias manos y empieza a enseñarnos desde las Escrituras qué cosas son pertinentes para la edificación de la vida y de la fe. En efecto, le había sido conferida por Dios la gracia de enseñar. Así pues, habiendo disertado sabiamente para nosotros sobre muchos capítulos de las Escrituras, nuevamente se volvió a las oraciones.

7. Así pues, el padre Or, después de vernos y alegrarse mucho, nos saludó y rogó por nosotros. Tras lavarnos los pies con sus propias manos, se dedicó a enseñarnos, pues era bastante conocedor de las Escrituras, desde que obtuvo esa gracia de parte de Dios. Una vez que nos explicó muchas

⁷⁵ Cf. Mt 8,2 ss.; Mc 1,23; 3,11.

doctrinas de las Escrituras y nos transmitió la fe correcta, nos invitó a las súplicas.

10. Tenía la costumbre de no tomar alimento corporal antes de recibir la comunión espiritual de Cristo. Una vez recibida, después de la acción de gracias, empezó a animarnos a comer; mas él, sentado con nosotros, nunca dejaba de hacer alguna advertencia sobre las realidades espirituales.

8. Los grandes padres tienen la costumbre de no ofrecer alimento a la carne antes de conceder el alimento espiritual al alma, esto es, la comunión de Cristo. Así pues, una vez que participamos de esto y celebramos la Eucaristía, nos invitó a la mesa, mientras él, sentado, nos recordaba siempre algunas de las enseñanzas importantes.

11. Entonces nos contaba algo de este tenor: “Sé -decía- que cierto hombre⁷⁶ no tomó ningún alimento terreno por tres años en el desierto; en efecto, un ángel de Dios le llevaba cada tres días una comida celestial, y esta era para él comida y bebida”.

8-9. Nos dijo: “Yo conocí a un hombre que en el desierto no comió ninguna comida terrenal durante tres años, sino que un ángel le alimentaba con comida celestial cada tres días y él se lo echaba a la boca. El monje tenía esto en vez de comida y bebida”.

12. «Y también conozco a un hombre tal⁷⁷ que vinieron hasta él unos demonios en la figura de la milicia celestial y con el vestido de los ángeles, y conducían carros de fuego con gran pompa, como si trajeran a algún rey, y este que parecía ser considerado rey por los otros, le decía:

⁷⁶ Cf. 2 Co 12,2.3.

⁷⁷ Cf. 2 Co 12,2.3.

“Oh hombre, has cumplido todo, resta que me adores y te transportaré como a Elías”⁷⁸.

9. «Supe también que a ese hombre los demonios llegaron a mostrarle en apariciones ejércitos angélicos, un carro de fuego y mucha escolta, semejantes a los obreros de un rey, el cual se le presentó y le dijo: “Te mantuviste recto en todo, hombre, arrodíllate ante mí y te arrebataré como a Elías”.

13. Pero el monje, al oír esto, decía en su corazón: “¿Qué es esto? Cada día yo adoro al Salvador, que es mi rey⁷⁹; si este fuera él, ¿cómo me pediría lo que sabe que hago sin cesar?”. Y después de esto, le respondió: “Yo tengo mi rey, al que adoro cada día sin interrupción; tú, en cambio, no eres rey mío”. Y, ante estas palabras, enseguida el enemigo no se dejó ver por ningún lugar».

10. Pero el monje, según pensaba, le respondió: “Yo me arrodillo cada día ante mi Rey y Salvador y, si éste fuera él, no me lo pedirías”. Y, como le contestó lo que únicamente pensaba: “Yo tengo a Cristo como mi rey”, en ese momento el rey se desvaneció».

14. En verdad él, narrando estas proezas tuyas como si fueran de alguien más, las recordaba en la persona de otro. Sin embargo, los mismos padres que estaban presentes nos confirmaban que era él mismo quien había visto y oído estas cosas.

10. Mientras Or nos contaba esto como de otro monje, quería ocultarnos su propia vivencia, pero los padres que estaban con él nos confirmaron que fue él quien había visto esto.

⁷⁸ Cf. 2 R 2,11.

⁷⁹ Cf. Sal 5,3-5; Sal 15 (16),2; Sal 83 (84),4.

Or, padre magnífico

15. Y era él, entonces, un padre magnífico, que a los hermanos que llegaban y querían habitar con él, entre otros bienes, también otorgaba este: hacía llamar a los hermanos que estaban con él y, en un solo día, edificaba una celdita para el hermano que llegaba. Y en este trabajo era grande la alegría de los hermanos, cada uno de ellos apresurándose para transportar ladrillos, ofrecer barro, verter agua o llevar maderas. Y cuando estaba acabada, él mismo la entregaba provista de todos los utensilios o elementos necesarios.

11. En verdad que tal hombre era conocido entre muchos otros padres, de modo que, cuando venían muchos monjes a visitarle, llamaba a todos los presentes y, en una mañana, construía con su ayuda celdas¹¹⁹. Mientras uno le daba barro, otro ladrillo, otro sacaba agua y uno más cortaba maderas. Una vez terminadas las celdas, él socorría las necesidades de los que venían.

16. Cierta vez él, cuando llegó un hermano con intención de engañarlo y, para parecer desnudo, ocultó sus vestimentas, lo reprendió frente a todos y presentó en el medio todo lo que había ocultado; y todos se atemorizaron tanto que en adelante nadie se atrevió a mentir frente a él.

12. Cuando llegó a verle un falso hermano, que había ocultado sus vestidos, tras descubrirlo, Or sacó a la luz públicamente su verdadera naturaleza ante todos, para que nadie nunca más se atreviera a engañarle.

17. Tanta era la virtud del alma en él y tanta la magnitud de la gracia divina que había buscado con el trabajo de la abstinencia y la pureza de la fe. De tanta gracia estaban colmadas las multitudes de hermanos ubicadas junto a él, y cuando acudían a la iglesia parecían coros de ángeles resplandecientes en vestimentas y almas, constantemente despiertos en himnos y alabanzas a imitación de las virtudes celestiales.

12. Tan gran don de virtud tenía, el cual le fue dado por su prolongado y buen modo de vida. Y era digna de ver la multitud de los monjes con él en la reunión, como unos grupos de justos que vestían vestidos brillantes y glorificaban a Dios con himnos incesantes.

III. Sobre *abba* Amón

1. Y vimos en la Tebaida también a otro varón de nombre Amón, padre de unos tres mil monjes que son llamados “Tabenenses”⁸⁰, hombres de enorme abstinencia, que suelen vestirse con túnicas de mangas cortas, como sacos de lino, y cubrirse con una piel trabajada que descende desde el cuello detrás de la espalda y el costado; también [suelen] tapar la cabeza con capuchas, principalmente cuando se ha venido a la comida, y con ellas velar el rostro para que uno no descubra a otro mientras toma la comida con suma sobriedad.

1. También visitamos en la Tebaida a otro de nombre Amón, padre de tres mil monjes, a los que también llamaban Tabenesiotas. Éstos tenían un estricto modo de vida: llevaban pieles de ovejas, comían con el rostro cubierto y con la cabeza inclinada hacia abajo, para que nadie pudiera mirar a otro.

2. Y mantienen sumo silencio al tomar la comida, tanto que ni siquiera se crea que en ese lugar hay algún hombre cuando se sientan a la mesa, y todo su modo de vida en la multitud está dispuesto de tal modo como si fuera en la soledad, mientras la abstinencia de cada uno está tan oculta que no puede ser descubierta por otro.

⁸⁰ Tabenenses o tabenesiotas eran los monjes que seguían la regla de san Pacomio viviendo en cenobios. El primero de éstos fue el de Tabennisi.

1. Y practicaban un profundo silencio, pareciendo como que se estaba en el desierto. Cada uno llevaba su modo de vida en secreto, permanecían sentados a la mesa sólo en apariencia, como para dar la impresión de que comían, e intentaban pasar desapercibidos unos de otros.

3. Así, se sientan a la mesa tocando los alimentos más que tomándolos, tal que parece que no han faltado a las mesas y, sin embargo, que no han satisfecho el estómago. Ciertamente es mayor virtud de continencia el abstenerse de lo que se tiene en ojos y manos.

1. Algunos de ellos se llevaban una o dos veces la mano a la boca, tras coger pan, aceitunas o alguna de las cosas que estaban delante, y, habiendo probado una vez de cada comida, se contentaban con tal alimento. Otros permanecían firmes de otra manera, masticando el pan en silencio y manteniéndose indiferentes a los demás. Otros sólo comían tres cucharadas de sopa y se abstenían del resto. Como todo me maravilló según he contado, no he podido negar el beneficio de este relato.